

UNA DE DOS / **ÁNGELES GONZÁLEZ-SINDE**

Mediadores de historias



a última novela de Julian Barnes, *La única historia* (ed. Anagrama), cuenta una relación amorosa entre Susan, una mujer casada de 48 años, y Paul, un joven de 19. Son los años 60, viven en un barrio acomodado del extrarradio de Londres y se conocen en el club de tenis cuando la madre del universitario le anima a apuntarse para no tenerlo zanganeando en casa durante las vacaciones. No quiero destripar la intriga, pero ese amor que empieza con facilidad y alegría va encontrando dificultades, la mayor de las cuales es la propia Susan, su inocencia y su fragilidad mal llevadas.

No es frecuente encontrar historias con diferencia de edad en las que la madura es ella, y menos que estén tratadas con respeto, profundidad y delicadeza. El libro conmueve y está escrito con tal maestría que en un momento dado no puedes dejar de pasar páginas, aunque sean las tantas y al día siguiente madrugues. Será además una lectura que acompañe bien a quienes hayan tenido cerca a algún alcohólico, ese mal del que hablamos poco y que está tan extendido y de algún modo tolerado socialmente, aunque sea un estigma mucho más vergonzante para las mujeres, como bien señala Barnes.

Barnes es un notable autor de novelas, pero entre sus libros se ha convertido para mí en fundamental *Niveles de vida*, en el que habla de dos cosas en apariencia muy dispares: por un lado los primeros viajes en globo, el descubrimiento de la fotografía aérea y la breve relación amo-

rosa de Sarah Bernhardt con John Barnaby, un apasionado británico de esas expediciones; y por otro, la experiencia del duelo del propio Barnes cuando perdió a su mujer por un cáncer fulminante en apenas un mes. Barnes escribió *Niveles de vida* tres años después de muerta ella. A pesar de ser un experimentadísimo narrador, necesitó todo ese tiempo para poder describir su pérdida. Podría no haberlo hecho y simplemente haber pasado a otra novela de ficción sin compartir con los lectores el desierto espantoso de soledad que es quedarte sin tu compañero de vida, pero sintió que era necesario que otros supiéramos de algo tan trascendente, quizá lo más trascendente (y devastador) que le había ocurrido nunca. Necesitó tres años, pero al final tejió el hilo invisible de su escritura para reconectarse a los otros. A veces escribir es la única manera de no volverte loco.

Pero los libros no solo son de los autores que los escriben. Ni siquiera de los lectores que los leemos en ese acto íntimo e introspectivo que nos vincula con el mundo. Los libros son también de los editores que apuestan por ellos y deciden ser el canal silencioso, un mediador discreto pero imprescindible que da apoyo y resguardo a quienes escribimos los libros.

Se aproxima el Día del Libro, la gran fiesta de Sant Jordi en Cataluña. Miles de personas saldrán a la calle y se regalarán un libro y una rosa. Yo pensaré en Claudio, mi pareja, que era editor y ya no está para celebrar ese día que le apasionaba. La gente comprará libros de todo tipo, pero lo harán gracias a otros miles de personas, los profesionales del sector editorial desde editores a librerías, correctores, traductores, maquetadores, distribuidores, agentes... Editores como mi amor perdido hacen posible que, desde su casa en Londres hasta la mía en Madrid, sin habernos cruzado nunca, la humanidad de Barnes, un señor inglés al que nunca conoceré, se conecte con la mía y me ayude en este duro momento, dando sentido tanto a su escritura como a mi vida.



«Barnes necesitó tres años, pero al final tejió el hilo invisible de su escritura para reconectar a los otros. A veces escribir es la única manera de no volverte loco»

Próxima semana
MAITE PAGAZAURTUNDUA

FOTO: DR.